



PALABRA



La quincena de septiembre

R.C. Sherriff

Título original: *The Fortnight in September*

Colección: Roman

Director de la colección: Ricardo Regidor

- © Copyright 1931 by R.C. Sherriff
- © Ediciones Palabra, S.A., 2015
Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es
- © Traducción: José Gabriel Rodríguez Pazos

Diseño de cubierta: Raúl Ostos

Imagen de cubierta: *Bathers* de Walter Richard Sickert

ISBN: 978-84-9061-288-0

Depósito Legal: M. 25.080-2015

Impresión: Gohegraf, S.L.

Printed in Spain - Impreso en España

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro ni su tratamiento informático ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

R.C. SHERRIFF

La quincena de septiembre

TRADUCCIÓN AL CASTELLANO
DE JOSÉ GABRIEL RODRÍGUEZ PAZOS

PALABRA



ROMAN

DE LA AUTOBIOGRAFÍA DEL AUTOR

No Leading Lady (1968)

* * *

Un día, cuando menos lo esperaba, se me ocurrió una idea para una novela.

Sucedió estando de vacaciones en la población costera de Bognor, donde solíamos bajar al paseo marítimo para ver pasar a la gente.

Mientras observaba aquel interminable río de personas, elegí algunas familias al azar e imaginé cómo serían sus vidas: qué esperanzas y ambiciones tendrían los padres; si las madres estarían orgullosas de sus hijos o decepcionadas; qué hijos triunfarían y cuáles se dejarían llevar por la vida y acabarían no siendo nada. Por delante de mí iba pasando un continuo flujo de rostros que no volvería a ver jamás; pero había un instante —justo cuando pasaban por delante del sitio donde me encontraba sentado— en que los veía como distintos del resto, con la intensidad con que se ve a una persona concreta. Y de vez en cuando, había alguno que hacía saltar la chispa del interés y dejaba un rescoldo en mi memoria.

Me entró entonces el gusanillo de coger una familia cualquiera de aquellas y construir una historia imaginaria sobre sus vacaciones junto al mar.

No podía ser una obra de teatro. No era el tipo de historia que sirve para el teatro y, en cualquier caso, el teatro se había acabado.

Tenía que ser una novela, aunque todos mis anteriores intentos de escribir una novela habían acabado en la papelera. Mi vocabulario no había estado a la altura de las circunstancias; me afanaba en buscar palabras que no había escrito nunca y el resultado era el desconcierto, el atoramiento y la frustración. Pero eso no tenía sentido ahora, porque mi objetivo no era publicar la novela: aun cuando la acabara, nunca se la ofrecería a un editor para correr el riesgo de un nuevo fracaso.

Quería escribir por el placer de escribir, y empecé una tarde en la habitación de mi hotel. Enseguida tuve que enfrentarme al mismo problema que me había atormentado cada vez que me ponía a escribir una novela. Empecé a estrujarme el cerebro para buscar palabras, pero las que encontraba no encajaban unas con otras. Y ahora era peor, porque no contaba con la ayuda de mi diccionario ni de mi libro de sinónimos.

Después de mucho esfuerzo infructuoso, consideré si no habría estado totalmente descaminado en mis anteriores intentos. Quería escribir sobre gente corriente y moliente que hacía cosas normales, pero para ello estaba buscando un lenguaje florido y rimbombante. Vi entonces con claridad que la mejor manera de escribir sobre esa gente era hacerlo con las mismas palabras sencillas y descomplicadas que ellos empleaban para describir sus sentimientos y hablar de sus aventuras. Decidí probar a hacerlo así, servirme únicamente de las palabras que yo conocía y utilizaba de manera natural y ver si resistían la prueba. Probablemente, el resultado no iba a ser un libro que la gente

LA QUINCENA DE SEPTIEMBRE

quisiera leer, pero al menos mantendría mi lápiz ocupado y llenaría mis tardes vacías.

La historia era muy simple. Tan simple, que no me habría atrevido a contarla de haber escrito para alguien que no fuera yo mismo. Una pequeña familia del extrarradio que pasa su quincena de vacaciones en Bognor: marido y mujer, una hija mayor que trabaja para una modista, un hijo que acaba de empezar a trabajar en una oficina de Londres y un hijo pequeño que todavía va al colegio. Era la crónica diaria de sus vacaciones, desde la última tarde que pasan en su casa hasta el día en que hacen las maletas para volver: su salida de la vieja casa de huéspedes todas las mañanas para ir a la playa; cómo aquel paréntesis en su monótono trabajo infunde al padre esperanza para el futuro; cómo los hijos encuentran amor y aventura; cómo la madre, a la que horroriza el mar, intenta hacer creer a los demás que está disfrutando...

Aquel estilo pegado al terreno no me estaba resultando más fácil que mi anterior estilo elaborado. Me estaba costando evitar mi tendencia a buscar palabras llamativas y maneras inteligentes de decir las cosas. Pero siempre acababan apareciendo palabras sencillas que me sacaban de la vía muerta en la que me encontraba; y con el tiempo, aquello empezó a discurrir con una fluidez que me llevó a escribir todas las noches más de lo que lo había hecho nunca.

Seguir ese estilo de escritura tiene sus inconvenientes. Si uno lo simplifica demasiado, el texto se vuelve demasiado prosaico, lo cual hace que la sencillez parezca fingida: una especie de presuntuosidad a la inversa. Si uno exagera la normalidad de sus personajes, resultan demasiado pequeños y parece que el autor los maneja. Me llevó tiempo dar con el justo medio. Al principio, miraba por encima del

hombro a la gente sobre la que estaba escribiendo, y luego me pasé por el otro lado y acabé profesándoles un respeto reverencial. Hasta que terminé de conocerlos bien, no conseguí ponerme a su nivel y caminar a su lado.

El atractivo de la historia residía en que no había un plan previo: yo nunca sabía lo que iba a suceder en el capítulo siguiente hasta que empezaba a trabajar en él. Eso me acercaba a los personajes, porque, cuando ellos se iban a la cama por la noche, no sabían más del día siguiente que yo cuando apagaba la luz de mi mesa para irme a dormir.

Cuando acabé la novela, la titulé *La quincena de septiembre*.

Durante todo el proceso, me había dicho a mí mismo que aquel texto solo lo verían mis ojos, ya que no tenía la más mínima intención de mostrárselo a ningún editor. Pero una vez concluida, no pude evitar el deseo de enseñarle la novela a alguien para saber qué pensaba. Cuando la leí, me pareció que estaba escrita con un lenguaje para niños, pero que no funcionaba como una historia para niños. No tenía sentido presentarlo como un libro para niños, pero no se me ocurría tampoco qué tipo de adultos serían capaces de digerirlo.

Victor Gollancz había publicado *Fin de jornada* y era el único editor a quien yo conocía personalmente. Gollancz era un intelectual y un perfeccionista, y las novelas que publicaba estaban recibiendo críticas muy favorables por su exquisita calidad literaria. Presentarle *La quincena de septiembre* me parecía que era ofrecerle un caramelo a un león, pero yo no tenía nada que perder. Como escritor, no tenía nada para vender, y mis recientes fracasos con obras de teatro me habían vacunado contra la desilusión. La novela seguía la misma fórmula que yo había utilizado en esas obras de teatro: el mismo tipo de gente corriente y el mis-

mo tipo de historia de la vida cotidiana. Se la mandaba a Gollancz apelando a nuestra amistad: sabía que la leería y que lo que pensara se quedaría entre él y yo. Lo conocía lo suficiente como para tener la seguridad de que en sus manos yo estaba seguro.

Esperé resignadamente a que me devolviera la novela con una cariñosa carta lamentando... Pero la carta que me envió fue la mayor sorpresa que he tenido en mi vida. «Es una delicia» eran sus tres primeras palabras, y fueron como un rayo de sol después de meses encerrado en un cuarto oscuro. La carta era maravillosa. Uno siempre espera que los editores y directores de teatro sean prudentes y comedidos, pero en la carta de Victor no había nada de eso. Su entusiasmo era absoluto. «La publicaré encantado», decía. «No le cambiaría ni una palabra».

La publicó tal y como estaba, y las críticas fueron magníficas. «Una preciosa novela», dijo el *Daily Telegraph*. «Una pequeña obra maestra», dijo el *Sunday Express*. «Encantadora», dijo otro. Se repetía la historia de *Fin de jornada*.

Y entusiasmó al público, que había dado la espalda al mismo tipo de historia cuando la escribí para el teatro. La novela se vendió como churros: los 10.000 ejemplares de la primera edición se agotaron en una semana, y en un mes la novela había vendido 20.000 ejemplares. Un editor americano la puso a la venta en un tiempo récord. Allí tuvo la misma acogida efusiva de la crítica y se vendió tan bien como aquí. La llevaron a Alemania, Francia, Escandinavia, Italia y España... Al final, a casi tantos países europeos como se había llevado *Fin de jornada*.

¿Cuál fue el motivo del éxito? ¡Quién sabe! Fundamentalmente, quizá, que la historia era fácil de leer, que no era grandilocuente ni tenía mayores pretensiones y que era un

tipo de historia que no se había escrito antes. Una chica me escribió desde Nueva York para decirme que la leía todas las mañanas en el transbordador en el que cruzaba el río Hudson para ir a trabajar y que le hacía sentirse animada, libre y feliz.

Por mi parte, me parecía que solo daba en la tecla cuando no me lo proponía. No me lo había propuesto con *Fin de jornada*. Había trabajado en ella para pasar las tardes de invierno, sin ninguna intención de que llegara a representarse. Me lo propuse con toda mi alma en las dos obras de teatro que siguieron, y las dos fueron un fiasco. Y cuando dejo de proponérmelo, porque ya no merece la pena, escribo una novela y vuelvo a estar en la cima.

Cuando lo consideraba fríamente, no era capaz de ver que aquella novela hubiera hecho nada para que yo me planteara convertirme en escritor profesional. No se puede vivir de carambolas que únicamente parecen darse cuando uno ha acumulado los fracasos suficientes como para decidir abandonar. Había salido bastante escaldado del intento de explotar un inesperado éxito en el teatro con nuevas obras, y no quería arriesgarme a que sucediera de nuevo. Si intentaba sacarle partido al éxito de mi primera novela cocinando una segunda, los críticos dirían probablemente que no era *La quincena de septiembre*. Y, sin duda, tendrían razón. Así pues, lo mejor era dejar las cosas como estaban y no tentar la suerte.

CAPÍTULO I

Los días de lluvia, cuando el viento del oeste arrastraba las nubes, los indicios de buen tiempo empezaban a aparecer por encima del terraplén del ferrocarril que había al fondo del jardín. Muchas veces, cuando la señora Stevens tenía especiales deseos de que mejorase el tiempo, miraba por la esquina de la puerta lateral y dirigía la vista de un lado al otro del horizonte que formaba el terraplén del ferrocarril, en busca de una franja de cielo despejado.

El terraplén —que se extendía sin interrupción a derecha e izquierda— dividía el mundo para la señora Stevens. En su lado estaba Dulwich y su hogar: agradables y largas carreteras salpicadas aquí y allá de casas de gente a la que conocía. También en su lado, a un kilómetro de las casas, se divisaba por encima de los tejados el Palacio de Cristal, que a veces, en otoño, les devolvía dorados reflejos rectangulares de puesta de sol. Y algo más lejos, el campo abierto y los árboles: rincones de brezo donde solían ir de pícnic cuando Dick y Mary eran niños.

Al otro lado del terraplén, se encontraba la otra mitad del mundo de la señora Stevens: la mitad que apenas conocía. Herne Hill, Camberwell y las luces de Londres —que, con cielo cubierto, brillaban como velas de azufre en la habitación oscura y vacía de un enfermo— atenuaban un poco el azul intenso del cielo estrellado de las noches claras.

Al final de Corunna Road, un sendero asfaltado se sumergía bajo el terraplén y emergía al otro lado, pero la

señora Stevens rara vez se adentraba en esa otra parte del mundo. Hacía la compra en Dulwich, y allí tenía sus amigas. Y las tardes de sábado en que hacía buen tiempo, sentían la llamada del sur, de los campos abiertos y los árboles, camino de Bromley.

Aunque había vivido en el 22 de Corunna Road los veinte años de su vida de casada, la señora Stevens sabía poco de lo que había detrás de su jardín, al otro lado del terraplén.

Alguna vez, cuando iban en tren, había intentado descubrirlo. Pero el tren estaba siempre lleno, y nunca había conseguido pasar de una ventanilla a la otra lo suficientemente rápido como para ver ambos lados, cuando pasaban por delante de su casa. Así pues, no había resuelto el misterio de qué había exactamente al otro lado, pero siempre constataba algo que le hacía sentirse orgullosa. Cuando el tren recorría traqueteando el terraplén, un panorama de treinta jardines se desplegaba delante de sus ojos: los treinta de los números pares de Corunna Road. Ninguno ofrecía un aspecto tan magnífico como el del número 22, con el césped bien cortito, los bordes impecables y su lila. El número 22 era el único que no tenía medios ladrillos o calderos fuera de uso en el techo de la caseta de herramientas.

Pero el jardín tenía un aspecto mustio y melancólico aquella húmeda tarde de septiembre. Había empezado a llover por la mañana: chispeaba cuando salió de la carnicería, poco después de las once; y ahora, a las cinco, una lluvia silenciosa y lánguida llenaba de agua los huecos de los senderos. Ella estaba desanimada y triste. La noche antes de irse de vacaciones siempre había sido una ocasión de celebración familiar. Cuando Dick y Mary eran niños, era una noche que alcanzaba casi la intensidad de la Nochebuena: una noche que, en ocasiones, había ganado la

votación de mejor noche de las vacaciones, a pesar de que la pasaban en casa y el mar estaba todavía a cien kilómetros de distancia.

Pero el mar seguiría llamándoles siempre en aquella noche; y cuando el señor Stevens daba su paseo de después de cenar por el jardín, casi podía sentir el sabor a sal en el aire. El señor Stevens tenía la costumbre de prolongar su salida al jardín la noche antes de irse: atrás quedaba la oficina, había bajado la tapa de su escritorio para los próximos quince días, y le gustaba pensar que unas espléndidas vacaciones comenzaban ya esa noche. Fuera, sobre el césped, al anochecer, se abría la pechera de la camisa e inspiraba a fondo. Luego iba a su dormitorio y sacaba la ropa que llevaría al mar: los pantalones grises de franela, la americana de *tweed*, las recias botas marrones y la suave gorra de *tweed*. Aunque la gorra rara vez se la ponía. Durante toda una quincena, su fino pelo castaño ondearía con la brisa bajo la luz del sol.

La señora Stevens volvió a mirar afuera. ¡Ojalá dejara de llover! Todas las vacaciones quedarían deslucidas si se les arrebatara aquella primera noche; una noche que tenía el dulce encanto de lo robado, porque no era, oficialmente, parte de las vacaciones.

Una cena especial distinguía también aquella noche. Este año iba a ser carne de ternera cocida, porque servía muy bien para los bocadillos del viaje en tren y era fácil de fregar, lo cual dejaba más tiempo para acabar de hacer las maletas después. De postre, manzanas asadas: el favorito del señor Stevens.

Habían dado las cinco. En una hora, la familia empezaría a volver a casa. Primero, el señor Stevens —siempre dejaba de trabajar con especial puntualidad en esa tarde

especial—, luego, Dick y, después, Mary. Para las siete, estarían todos en casa. ¿Y si estuviera lloviendo toda la quinceña? Pasó una vez, hacía años. No había olvidado la noche en que llegaron a casa andando por Corunna Road desde la estación, en la penumbra, bajo aquella lluvia interminable..., y Dick con el cubo que apenas había usado y su paletita chorreando agua.

Pero no iba a pasar —no podía pasar— esta vez: rezó para que escampara y su oración fue escuchada. De momento, cuando miró desde la esquina de la puerta de la cocina, se dio cuenta de que era más leve: el sendero de gravilla brillaba, en el charco de fuera se veía un goteo menos intenso y más espaciado y, por encima del terraplén, una pequeña franja de cielo azul se abría paso entre las densas nubes.

Volvió a la cocina habiéndose quitado un peso de encima. Ahora todo iba a ir bien.

Si uno le hubiera preguntado a la señora Stevens por qué estaba tan contenta, no habría sabido responder; y habría evitado decir «Porque otros van a estar contentos», por lo magnánimo y estúpido que sonaba. Si le hubieran preguntado «¿Lo pasas bien en tus vacaciones?», habría dado un respingo ante una pregunta que siempre había temido, pero que nunca había llegado. A ella nunca le preguntaban. La familia daba por hecho que sí, y sus amigas se limitaban a preguntar «¿Qué tal lo has pasado?», a lo que ella había respondido «Divinamente» durante veinte años.

Siempre había sido Bognor: siempre, desde que, en la luna de miel, sus ojos claros avistaran el mar por primera vez. Su padre tenía una hermana que vivía en el campo y, dado que él desdeñaba la idea misma de vacaciones, había enviado a sus hijos allí, año tras año, hasta que esta hija conoció al hombre con el que se casó.

A la señora Stevens el mar le había producido miedo, y nunca superó aquel miedo. Cuando más le asustaba era cuando estaba completamente en calma. Algo en su interior se estremecía ante aquella inmensa superficie lisa y húmeda que se extendía hacia una nada que le producía vértigo. Para la luna de miel habían reservado una habitación en Seaview, la casa de huéspedes del señor y la señora Huggett, en St. Matthew's Road, porque desde la ventana del baño se podía ver la parte de arriba de una farola del paseo marítimo.

Habían sabido de la casa por un anuncio, y cuando conocieron al señor y la señora Huggett, les parecieron una curiosa pareja, por lo distintos. El señor Huggett era corpulento y jovial. Había sido ayuda de cámara de un hombre que le dejó algo de dinero, y él compró Seaview. Era de trato fácil, tenía un cierto aire de superioridad y bebía. La señora Huggett era delgada y deseosa de agradar hasta un extremo embarazoso. Tenían una joven criada llamada Molly: bajita y regordeta, patizamba y pelirroja, que había seguido fielmente a su servicio todos aquellos años.

Con todo, la casa estaba arreglada y escrupulosamente limpia, y los Stevens habían vuelto al año siguiente y todos los años desde entonces, durante veinte septiembres, con lluvia y con sol, con calor y con frío.

Con frecuencia habían considerado la posibilidad de cambiar —Brighton, Bexhill, incluso Lowestoft—, pero al final siempre ganaba Bognor. Lo cierto es que cada año les atraía más. Había una asociación de sentimientos: la mancha de tinta que Dick había dejado en el mantel del salón cuando era niño; el adorno que Mary había hecho pegando unas conchas en un cartón para regalárselo a la señora Huggett al final de las vacaciones, y que todos los años estaba

colocado encima de la chimenea del salón cuando ellos llegaban. También estaba el barbo disecado que había en el descansillo, al que llamaban señor Richards, porque se parecía a un lechero que habían tenido en Dulwich, y muchos otros lazos que les hubiera dado mucha pena cortar.

Pero Seaview había cambiado silenciosa e inexorablemente con el paso de los años. El señor Huggett, inicialmente lozano como una lechuga, había empezado a declinar. Sus mejillas coloradas empezaron a palidecer, dejando ver un entramado de venillas amoratadas. Un septiembre, los Stevens percibieron lo delgadas que se habían vuelto sus manos, cómo le sobraba piel encima de los nudillos y el temblor de su mano cuando les firmó el recibo.

Todos los años, la señora Huggett iba una noche a la sala de estar de los Stevens, cuando los niños ya se habían acostado, y les contaba a sus huéspedes en voz baja y nerviosa, mirando continuamente a la puerta, el terrible invierno que había pasado el señor Huggett: sus recurrentes problemas de espalda, la bronquitis y otras misteriosas dolencias que la señora Huggett nunca era capaz de explicar de manera inteligible.

Con los años, aquel recital era cada vez más largo y sorprendente, hasta que un año, en Pascua, los Stevens recibieron una carta en un sobre con borde negro. La enviaba la señora Huggett, quien les decía que el martes anterior, a las diez, su marido había fallecido.

El septiembre siguiente, la señora Huggett les recibió vestida de negro. Les contó lo despacible que había sido la noche en que murió su marido: cómo rugía el mar, cómo se arremolinaban los copos de nieve en la carretera... Y aunque describió la muerte de su marido como una feliz liberación, llevaba de luto desde entonces.

Al final de sus días, el señor Huggett no había sido de mucha utilidad en la casa. Ya unos años antes, había tenido que dejar una de las tareas que le eran más propias —cambiar las bombillas—, porque se mareaba al mirar hacia arriba. Pero eso no afectaba al hecho de que el marido de su patrona ya no estuviera, y que el largo invierno tuviera que pasarlo sola.

Los Stevens no notaron nada distinto en Seaview durante los años que siguieron: la señora Huggett continuaba aturullándose y poniéndose nerviosa en su afán de agradar, y Molly seguía sin parar en todo el día. Sin embargo, algo estaba cambiando, una pequeña cosa cada año. Un año, el tapón de la bañera se desprendió de la cadena; nunca se arregló: año tras año, siguió suelto en el fondo de la bañera. Las sábanas tenían cada vez más bolas y estaban cada vez más gastadas; una noche, el señor Stevens rasgó la sábana del embozo con el pico de la uña de un dedo del pie y, sin querer, hacía más grande el agujero con el pie cuando se metía en la cama cada noche.

Los Stevens nunca se quejaron ni dijeron nada de esas cosas. Tantos años en Seaview y el temor a disgustar a la señora Huggett —y, quizá, una cierta compasión por ella— los mantuvo en silencio. A fin de cuentas, estaban fuera de la casa todo el día.

Pero para la señora Stevens, Seaview era solo el decorado de una quincena al año que la llenaba de preocupación e inquietud. Se detestaba a sí misma por no ser capaz de disfrutar como los demás. Le ponía triste fingir que lo estaba pasando bien, porque era puro teatro, un cierto fraude. Cuando Dick tenía unos catorce años, solía hacer pozos en la arena con los pantalones cortos remangados, dejando al aire sus piernas tostadas por el sol; de vez en cuando, se

acercaba a ella y le decía: «¡Esto es maravilloso, mamá!»; y ella contestaba: «Sí, maravilloso»; y sonreía, y se detestaba a sí misma por la mentira.

Solo había sido maravilloso durante la luna de miel: la llegada de los niños había convertido la quincena en una carga; una pesadilla, a veces. En casa, los niños eran suyos: la querían, acudían a ella para todo. En Bognor, era como si se distanciaran de ella, como si fueran distintos. Si remaba, se reían de ella y decían que les hacía mucha gracia. En casa nunca se reían de ella.

Cuando era más joven, había intentado jugar con ellos al *cricket* en la arena, pero no conseguía ver bien el rebote de la bola y agacharse con la suficiente rapidez como para pararla. Ellos se reían, y entonces ella se refugiaba en una tumbona, escondiéndose tras una revista, bajo un sol que acababa dándole dolor de cabeza.

Pero lo peor de todo era el viaje. Pues, aunque la carga iba siendo más ligera a medida que los niños crecían, nunca había superado el horror que le producía el nudo ferroviario de Clapham Junction, donde siempre tenían que hacer transbordo.

El ruido de los carros de los mozos de equipajes, los andenes equivocados, el chirrido de los trenes, la vez que perdieron a su marido, hasta que apareció por el sitio que no era, después de conseguir los billetes... Para la señora Stevens, el infierno debía de ser una estación de Clapham al rojo vivo llena de demonios con capirotos.

Y si Clapham Junction marcaba el punto álgido de sus ataques de pánico, el viaje en tren ponía a prueba su paciencia hasta límites insospechados. El vagón estaba indeciblemente abarrotado todos los primeros sábados de septiembre, día en que siempre hacían el viaje. Una vez, a

alguien le dio un vahído y pidió con voz cavernosa que bajaran la ventanilla. En otra ocasión, hacía unos años, a una señora en una esquina le había dado una especie de ataque y empezó a repiquetear con los tacones en el suelo y a gemir. La señora Stevens se quedó fría de terror. Todavía soñaba con aquello a veces, y, desde entonces, la primera tarea que su ansiedad le imponía cuando entraba en el vagón era examinar las caras de sus compañeros de viaje, esperando contra toda esperanza que todos tuvieran un aspecto saludable y tranquilo. Si veía a alguno pálido y enfermizo, procuraba ocultarse a su vista en algún sitio donde otro pasajero se interpusiera entre ambos, lamentando la cobardía que le llevaba a actuar así.

Había, no obstante, un problema que había desaparecido al crecer los niños, porque, de pequeña, Mary había vomitado siempre en el tren: vomitaba con infalible regularidad después de la curva que había al salir de Dorking. La señora Stevens lo había probado todo —desde no dar de comer a la niña hasta pastillas de menta fuerte—, sin resultado. Al final, adoptó la misma estrategia que su vecina, la señora Jack, cuya pequeña Ada era igual. En los viajes en tren, la señora Jack siempre llevaba en el bolso dos o tres pequeñas bolsas de papel. Eran fáciles de abrir, fáciles de aplicar y fáciles de tirar por la ventanilla. La señora Jack había adquirido tal destreza en la operación que presumía de haberla completado a veces antes de que sus sorprendidos compañeros de vagón supieran qué había pasado.

La señora Stevens odiaba aquel viaje. Nunca había sido lectora. No era capaz de sumergirse en un libro o en una revista. Acababa con la rejilla portaequipajes y el ominoso cable rojo de comunicación grabados a fuego en sus doloridos ojos.

Con todo, ahora, ocupada con la cena, mientras levantaba la tapa de la olla y pinchaba la carne con un tenedor, estaba contenta, casi eufórica por el inesperado sol de la tarde; contenta por la alegría que las vacaciones traían a los demás. Tenía ganas de que llegaran a casa esa tarde: ansiosos de partir al día siguiente, pero con pena de irse de un hogar que se había convertido por una noche en la antesala de la libertad.

Había también otro motivo por el que esperaba las vacaciones este año con menos aprensión que en el pasado. Dick y Mary se estaban haciendo mayores. Dick tenía diecisiete años y Mary, casi veinte. Una o dos veces durante el año, Dick había mencionado una remota posibilidad de irse de acampada con unos amigos y Mary había hablado de lo bien que lo habían pasado unas chicas de la tienda que se habían ido juntas a una granja.

Dick y Mary salían bastante por las tardes ahora. Estaba el baile parroquial de los jueves en St. John, y ese tipo de cosas. La casa ya no era lo de antes, y era probable que las vacaciones contribuyeran a hacerles pasar más tiempo juntos, no menos. Hacía un año, Dick todavía estaba en el colegio; ahora había empezado a trabajar. No parecía demasiado contento en su trabajo. Las vacaciones le vendrían bien y quizá le ayudarían a asentarse. Solo Ernie —el tercero y más pequeño de los hijos— seguía en el colegio, ya que tenía diez años. Sin saberlo, era él quien había marcado el tono de las vacaciones los dos últimos años, en cuanto a jovialidad y ganas de diversión.

Afortunadamente, las insinuaciones de vacaciones separadas acabaron en nada, porque, cuando llegó la hora de reservar habitaciones, nadie planteó planes alternativos. De hecho, Dick parecía tener más ganas de Bognor

LA QUINCENA DE SEPTIEMBRE

que nunca, desde que había empezado a trabajar, lo cual le pareció a la señora Stevens un tanto extraño.

La lluvia había cesado y el sol lucía. La señora Stevens cogió un mantel del cajón de la cocina y fue al comedor.

Ernie, que había salido de la casa, estaba jugando con una pelota de tenis contra la pared.

—Te vas a calar los pies —le dijo la señora Stevens desde dentro.

—Está seco —gritó Ernie.

Se escucharon las campanadas de las seis en la iglesia de St. John, que estaba en la misma calle. Enseguida llegarían a casa los demás. Era una suerte que todos hubieran conseguido coger sus vacaciones en las mismas fechas. Sería estupendo, si se mantenía el buen tiempo durante toda la quincena y todos lo pasaban tan bien como hasta entonces.

CAPÍTULO II

—Y ahora... —dijo el señor Stevens acercando su silla—, plan de ataque.

Habían terminado de cenar. La señora Stevens y Mary habían acabado de recoger. Los platos los fregarían más tarde.

«Plan de ataque» era una de las bromas de la familia. O, más bien, la expresión era una broma, porque su significado iba en serio. Había muchas cosas que hacer antes de irse y dejar la casa durante quince días, y solo si estas cosas se hacían metódicamente, se podrían ir sin sobresaltos ni prisas de última hora.

El señor Stevens sacó una hoja escrita a lápiz con una apretada caligrafía. Era el resultado de muchos años de depurada experiencia, y había sido confeccionada y perfeccionada año tras año, hasta el punto de que ahora podía considerarse lo más perfecto que en su especie cabía esperar. Hasta se la había prestado a amigos en alguna ocasión.

Volvió a encender su pipa, quitó los restos de tabaco quemado de la superficie de la mesa con el dorso de la mano y aclaró la garganta. Ya no eran muy frecuentes ese tipo de reuniones familiares en torno a la mesa, así que el señor Stevens se dispuso a disfrutar de la ocasión.

Dick estaba sentado enfrente de su padre, con los codos apoyados en la mesa y la barbilla entre las manos. La señora Stevens echó un último vistazo a su alrededor, metió la sal y la pimienta en el armario del aparador, se sentó

en la butaca que estaba junto a la chimenea y dirigió una mirada ausente al abanico de papel que había en ella. Sus manos revolotearon sobre el escote de su blusa y bajaron después con rapidez a las rodillas, como si no pudieran quedarse quietas de manera inmediata.

La cena había sido un gran éxito. Al principio, habían procurado —quizá demasiado conscientemente— convertirla en un acontecimiento, como si temieran que el encanto de aquella velada fuera a desvanecerse con la rapidez del paso de un año más. Pero, poco a poco, les fue invadiendo la magia de anteriores veladas de víspera de vacaciones.

A las preguntas que se lanzaban sobre la mesa se contrataba con otras preguntas. ¿Volverían a estar el tío Sam y sus actores? El tío Sam debía de estar ya muy mayor: durante quince años, por lo menos, no había cambiado nada. ¿Seguirían los mismos payasos? ¿Habrían cerrado el camino que llevaba al mar a través del campo de tréboles, donde se rumoreaba que iban a construir? ¿Volvería a tocar la banda militar? Era mucho mejor que la banda normal... Cuando el señor Stevens se quedaba callado en algún momento, era porque se encontraba muy lejos de allí, caminando por las colinas con su bastón y su pipa, la camisa abierta y la cabeza descubierta, expuesta al sol y a la brisa.

Fuera, un bello atardecer se había impuesto: el terraplén del ferrocarril se oscurecía a medida que el sol se ponía detrás de él; y por las ventanas del pequeño comedor entraba un pálido resplandor dorado, interrumpido a veces por el paso de un tren; aunque, incluso entonces, les llegaba un destello intermitente que se colaba por los huecos que había entre vagón y vagón.

Pero la cena había concluido y había que ponerse manos a la obra.

Ernie, que había comido abundantemente, estaba recostado en el sofá intentando conseguir que saliera alguna chispa al frotar la piel de Puss, y contemplaba a contraluz cómo flotaban en el resplandor del sol las motas de polvo que salían de la piel del gato.

Mary vino de la cocina y se quedó de pie junto a la chimenea. La familia estaba preparada para el plan de ataque, dispuestos todos a asumir las tareas que tradicionalmente se encomendaban a cada uno.

—¿Todos listos? —preguntó el señor Stevens mirando por encima de sus gafas. Carraspeó y comenzó—: Número uno. Caseta de herramientas. Engrasar la pala, la horca y la paleta. Cerrar con llave. Dejar la llave en el gancho de la cocina. —El señor Stevens marcó con solemnidad la tarea—. Bien. De esto me encargaré yo hoy mismo. Número dos. Joe. Llevar a Joe a la señora Haykin, junto con el baño, el alpiste y dos jibias. —El señor Stevens dirigió una mirada recelosa a su hija por encima de las gafas—. ¿Te encargas tú, Mary?

El encargo de llevar a Joe, el canario, a la señora Haykin, la vecina de al lado, no le gustaba a nadie. En la voz del señor Stevens se adivinaba un cierto temor, ya que el año anterior aquello había provocado una discusión.

Y es que este encargo incluía darle las gracias a la señora Haykin y quedarse unos minutos a charlar con ella. La señora Haykin, aunque buena, era una mujer de pocas luces y nerviosa, que te decía una docena de veces lo mucho que le gustaba cuidar a Joe, porque no le daba ningún trabajo y Joe era una delicia, y cantaba tan bien por las mañanas que le hacía sentirse medio contenta..., y medio triste.

Resultaba muy duro darle las gracias a la señora Haykin e irte. Te hacía sentirte mal, egoísta, porque la señora Haykin nunca se iba de vacaciones.

Vivía sola.

En tiempos —eso decían los vecinos—, había tenido un marido, tres hijos y una hija con ella, y siempre había gente entrando y saliendo de aquella casa. Pero de eso hacía ya mucho, antes de que llegaran los Stevens.

Solo salía una vez al día. A veces veía uno fugazmente aquella figura menuda, unos revueltos mechones de pelo..., y ya no estaba. Y, por lo que fuera, nunca la veían cuando volvía. Los Stevens habían tenido la costumbre de visitarla de vez en cuando, pero la alegría la alteraba, y empezaba a hablar muy deprisa, y a veces se reía y lloraba, y aquello había hecho que las visitas fueran cada vez menos y más espaciadas, hasta convertir la presencia de algún miembro de la familia Stevens en algo extraordinario, como las ocasiones en que la señora Haykin se hacía cargo del canario; y lo desacostumbrado de las visitas las había hecho aún más difíciles.

El señor Stevens mantenía el lápiz suspendido sobre el papel.

—¿Te encargas tú, Mary?

Mary frunció el ceño. Estaba pálida y cansada porque el día había sido largo y tedioso. Había trabajado afanosamente durante toda la mañana para poder recoger todo con tranquilidad por la tarde, pero después de comer surgió un inoportuno y molesto imprevisto. Una clienta había entrado apresuradamente para pedir que le hicieran unos arreglos a un vestido que deseaba ponerse esa noche; y Mary tuvo que emplear dos horas de aquella tarde con los ojos clavados en aquel odioso vestido, convencida de que ningún arreglo en el mundo mejoraría la deforme apariencia de su dueña.

Y es que, aunque en ocasiones le permitían a Mary atender a las clientas en la tienda que Madam Lupont tenía en

King's Road, la mayor parte del tiempo lo pasaba en el anodino taller que había detrás, con un deprimente ventanuco que daba a la pared de metal corrugado de un garaje. Desde aquella estancia nunca se veía el sol, pero a veces el cielo despedía un blanco resplandor que le hacía daño en los ojos. Estaba muy cansada esa noche. ¿Por qué tenía que ser *ella* la que llevara a Joe, y escuchara a la señora Haykin? ¿Por qué no...?

Miró a su madre, sentada con las manos en las rodillas y la vista fija en la chimenea. Se dio cuenta de que tenía un trocito de trapo anudado a un dedo. Debía de haberse cortado al preparar la comida, pero nadie se había dado cuenta. Mary miró por la ventana. El sol casi había desaparecido detrás del terraplén, no había nubes en el cielo, en una semana el sol habría bronceado sus brazos, y entonces sintió un estremecimiento interior.

—De acuerdo. Yo llevo a Joe.

El señor Stevens puso la correspondiente marca con un suspiro de alivio.

—Gracias, Mary. Número tres. Puss. Dejar entornada la ventana del lavadero. Pedirle a la señora Bullevant que ponga leche en días alternos. Arenques, lunes y jueves.

El señor Stevens dirigió la vista a su mujer sin decir nada y la señora Stevens levantó la vista y pestañeó.

—No. Bue..., bueno, es que no he podido ver a la señora Bullevant hoy. Estaba fuera. He pensado que quizá se lo podemos decir mañana por la mañana, cuando le dejemos la llave.

Las cejas del señor Stevens se arquearon un tanto.

—¿No es un poco arriesgado? —dijo—. Supongamos que quiere hablar de algo. A lo mejor tiene alguna duda... Y no vamos a tener mucho tiempo.

Los ojos de la señora Stevens, clavados en su marido, volvieron con un movimiento rápido a la chimenea.

—Bien, voy..., voy ahora.

—Es demasiado tarde *ahora*. Habrá que arriesgarse.

La señora Bullevant vivía justo enfrente. Su marido era policía retirado. Una pareja ideal para dejarles la llave. Quedaban siempre en lo mismo. El señor o la señora Bullevant se acercaban todos los días a la casa, echaban un vistazo, les enviaban las cartas que llevaran tres sellos de medio penique y cuidaban de Puss. A cambio, se quedaban con las judías verdes y el ruibarbo que maduraran mientras los Stevens estuvieran fuera.

Los Stevens estaban infinitamente más tranquilos después de haber llegado a aquel acuerdo con los Bullevant. La ubicación de la casa, justo enfrente, unido a la condición de policía retirado del señor Bullevant, les daba una seguridad total.

Antes de la llegada de los Bullevant, sus funciones la había desempeñado la señora Jack. Pero desagradables historias habían llegado a oídos de los Stevens..., sobre que la señora Jack se comía los arenques ahumados y le daba a Puss la piel. Puede que todo fuera chismorreo malintencionado, pero la historia venía de más de una fuente y los Stevens se sintieron aliviados cuando los Bullevant se instalaron enfrente, en el número 23.

—No te olvides —recalcó el señor Stevens mientras ponía la marca con evidente falta de entusiasmo—. Y recuérdale lo de la ventana del lavadero. —Volvió a la lista—. Número cuatro. Cancelar todos los repartos. Excepto la media pinta de leche que tiene que traer el lechero todos los días.

La señora Stevens levantó la vista aliviada.

—Sí. Eso ya lo he hecho esta mañana.

—¿Les dijiste a los de Johnson que nos guarden el *Family Gardening*?

—Sí.

El reparto de periódico lo cancelaban, pero la revista semanal *Family Gardening* se la reservaban, y les daban los números atrasados cuando volvían, porque al señor Stevens le gustaba guardarlos y encuadernarlos.

—Número cinco. Gas. Cerrar la llave en el contador.

—Vale —dijo Dick.

—Lo primero de todo, nada más desayunar.

—Vale —repitió Dick.

El señor Stevens marcó esa tarea.

—Número seis. Guardar la plata. —«La plata» era un modo de llamar a lo que en realidad no era tal, sino un soporte de tinteros y plumín de aleación *princes plate*, regalo de boda que el club de fútbol había hecho al señor Stevens, y varias copas cromadas que Dick había ganado corriendo en el colegio—. Muy bien —dijo el señor Stevens—. Yo me encargo.

Siguió una serie de tareas menores —fruto de una larga experiencia— que no convenía olvidar: el tapón que había que dejar colgando por fuera de la bañera, porque el grifo goteaba, comida percedera que había que retirar, las alfombras que había que apartar de la puerta de cristal, por la que a veces se colaba la lluvia... Cada encargo era asumido por un miembro de la familia.

—Por último —dijo el señor Stevens—, instrucciones generales. Ruislip vendrá a por el equipaje a las nueve quince. Hay que tenerlo listo a las nueve. Así nos evitamos prisas y agobios. El tren sale de Dulwich a las nueve treinta y cinco. Eso quiere decir que tenemos que salir de aquí no más tarde de las nueve y veinte, para que nos dé tiempo a dejar la llave.

El tren llega a la estación de Clapham Junction a las diez cero dos, andén dos. El otro tren sale a las diez dieciséis, andén ocho.

El corazón de la señora Stevens se aceleró. Del dos al ocho. ¡Qué fácil parecía, así leído como si tal cosa! ¡Aquello había que plantearse en términos de andenes de la estación de Clapham Junction!

—¿No crees —musitó— que podríamos coger el tren anterior en Dulwich? Eso nos daría diez minutos más para el transbordo.

El señor Stevens la miró con cara de sorpresa, un poco dolido, incluso, por que se cuestionaran unos planes que había diseñado al milímetro. Habló despacio, como si a su mujer le costase entender.

—Tenemos catorce minutos.

—Sí, pero...

—¡Da tiempo de sobra, mamá! —apostilló Dick.

Los ojos de la señora Stevens se volvieron al abanico de papel de la chimenea.

—Bueno, bueno..., si pensáis que hay tiempo suficiente...

Pensó que no debería haber dicho nada. Sabía que era inútil. Conocía a su marido y sabía que sus hijos disfrutaban con la emoción de ir un poco justos de tiempo.

La reunión había concluido. El señor Stevens dobló el papel y se puso en pie.

—Creo que es todo —dijo.

Todos se pusieron en movimiento. La señora Stevens y Mary fueron a la cocina para acabar de fregar. Dick subió a su habitación a hacer la maleta. Ernie se quedó adormilado en el sofá, con su cubo y su pala en una esquina, preparados para la mañana.

LA QUINCENA DE SEPTIEMBRE

La habitación estaba cada vez más oscura, pero el señor Stevens no encendió la luz. Se quedó de pie, con las piernas separadas sobre la alfombra, de espaldas a la chimenea y la cara dirigida a las ventanas y el leve resplandor del sol.

Entonces, con gran determinación, salió de la habitación, enfiló el pasillo hacia la puerta principal, salió y rodeó la casa hasta llegar al jardín.

Podía haber salido directamente al jardín por las puertas de cristal, pero prefirió hacerlo de este modo: Ernie o Puss le habrían seguido, si hubiera salido por la puerta de cristal, y él quería estar solo y disfrutar de aquella última hora de crepúsculo de la tarde más feliz del año.

Publicada hace más de 80 años, esta novela obtuvo reseñas muy elogiosas. “Una novela encantadora”, declaró el *Daily Telegraph*, “una pequeña obra de arte”, podía leerse en el *Sunday Express*. En Estados Unidos, se decía que “desde Dickens, nada se había acercado tanto a las entrañas del genuino espíritu inglés”. En ella se narra el viaje en tren hacia la costa de una familia y sus dos semanas de vacaciones yendo a la playa cada día. Sherriff tuvo la idea mientras pasaba unos días en la ciudad turística de Bognor Regis, mirando a la multitud ir y venir, preguntándose cómo serían sus vidas... “Me entró entonces el gusanillo de coger una familia cualquiera de aquellas y construir una historia imaginaria sobre sus vacaciones junto al mar... Quería escribir sobre gente sencilla, descomplicada, en su vida normal”.

Con su prodigiosa capacidad de observación, R.C. Sherriff consigue convertir en universal la vida ordinaria, pero llena de matices, de una familia sencilla. Este pequeño corte en la capa superficial de su día a día nos muestra de modo magistral la belleza que reside en lo cotidiano y en el mundo fascinante que hay detrás de cada persona.

“Me he enamorado de este libro y lo releo con frecuencia. Es un libro extraordinario sobre todo: la familia, la ambición, el sacrificio, el primer amor... Consigue conmover sin recurrir al sentimentalismo y es una descripción exquisita y llena de matices de un lugar y una época perdidas”.

Kate Morton, autora de *El jardín olvidado*.



www.palabra.es

ISBN 978-84-9061-288-0



9 788490 612880